

OCTAVA PARTE

EL FINAL DE UNA ERA



San Diego

*Primer lugar visitado por los europeos
en lo que hoy es la Costa Oeste de los Estados Unidos.*

*A su paso por su bahía en 1542, Juan Rodríguez Cabrillo declaró la
soberanía española sobre el territorio, adelantando lo que sería el futuro
dos siglos después, cuando el Presidio Real de San Diego y la Misión
de San Diego Alcalá, fundados en 1769, formaron los primeros
asentamientos europeos en la actual California, siendo en abril de 1822
el último lugar de los actuales Estados Unidos en el que se arrió
la bandera española.*

*Oh, desdichada España, revuelto he mil veces en la memoria
tus antigüedades y anales, y no he hallado por que causas seas
digna de tan porfiada persecución.*

Francisco Gómez de Quevedo Villegas (1580-1645)

8.1. Cambios de banderas

EL 10 DE MARZO DE 1821, el presidente Monroe nombró al general Andrew Jackson gobernador militar de las Floridas, cargo que le otorgaba la capacidad de maniobra y de autonomía que ambicionaba, pues le permitía afrontar las decisiones que debía tomar con las garantías que deseaba, y en la práctica se convertía en el dueño de todas las funciones de gobierno. Ostentaría en el nuevo territorio bajo su jurisdicción el poder legislativo, ejecutivo y judicial, fusionando poderes civiles y militares en un solo mando.

De hecho, el motivo alegado en su nombramiento por el presidente para otorgar unas facultades tan amplias a Jackson, se sustentaba en las funciones que, en teoría, estarían en sus manos en las dos provincias de Florida, las del capitán general e intendente de Cuba y las de los dos gobernadores —el de la oriental y de la occidental—, tomando como base legal de los poderes los conferidos en 1803 al primer gobernador estadounidense de la Luisiana. No obstante, para evitar que el general Jackson pudiera actuar como un auténtico autócrata en el territorio, se impidió que pudiese crear impuestos nuevos de cualquier naturaleza, ya fuera sobre mercancías o sobre tierras.

Jackson, en previsión de que iba a tener que ejercer el gobierno sobre una ciudad, Pensacola, a la que esta vez llegaba en son de paz, viajó en compañía de su esposa Rachel, pero como no llegaban las instrucciones españolas sobre la transferencia de la provincia del capitán general de Cuba, que debía traer el coronel James Forbes, decidió detenerse unos días en el actual condado de Baldwin —Alabama— donde coincidió con un abogado de talento, ambicioso y buen orador, que le causó una grata impresión. Se llamaba Henry M. Brackenridge¹³⁸ y fue elegido junto al doctor James C. Bronaugh, su médico personal y buen amigo, para actuar como sus representantes ante el gobernador de Florida occidental, el coronel don José María Callava, que llevaba en el cargo algo más de dos años.

Una vez que el coronel Forbes llegó con las órdenes de transferencia de la soberanía, las negociaciones sobre el intercambio de poderes se iniciaron el 9 de junio, aunque el gobernador Callava no estaba de acuerdo en entregar el parque de artillería de la plaza, puesto que según sostenía, no eran parte del material o bienes que se debían entregar a sus nuevos dueños. Las con-

¹³⁸ Cuando se produjo la transferencia de soberanía, Jackson le nombró alcalde-magistrado de Pensacola, en premio por sus servicios.

versaciones no avanzaban, por lo que el general Jackson, ante las noticias que le llegaban, tomó la decisión de marchar a Pensacola y el 15 de junio entró en Florida, si bien no llegó a la ciudad, quedándose a unos 25 kilómetros, en Gonzalia, el rancho de su amigo Manuel González, en espera de que el coronel Callava abandonase la casa del gobernador, lo que no hizo hasta el día 28 de junio, fecha en que la ocupó la esposa del general Jackson.

Finalmente, se estableció como fecha del cambio de soberanía el 17 de julio. Antes de que el general Jackson entrase en territorio español para marchar a Pensacola, su ayudante, el coronel Robert Butler, había recibido el encargo de arreglar las cuestiones legales y formales precisas para proceder al cambio de soberanía en Florida oriental, acto que debía producirse en San Agustín, cuya fortaleza de San Marcos, nunca conquistada, iba a pasar, por fin, a la soberanía de los Estados Unidos.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, Butler contactó el 26 de mayo con el gobernador José Coppinger para ir preparando la transferencia de poderes. Coppinger recibió los despachos que esperaba del capitán general de Cuba el día 8 de junio, y así se lo comunicó por carta a Butler, a los efectos de realizar los actos formales previstos en la fecha acordada.

Con todos los hombres, mujeres y niños en las calles, la expectación en la vieja San Agustín era enorme en la mañana del 10 de julio de 1821, engalanada para las ceremonias tras las cuales la ciudad cambiaría de dueño después de más de doscientos años de existencia. Tropas del ejército de los Estados Unidos habían llegado en los días anteriores y desfilaron por la ciudad camino del castillo de San Marcos, mientras las tropas españolas de guarnición observaban en sus puestos vestidas con sus uniformes de gala.

La ceremonia comenzó en la Casa de Gobierno, donde el coronel Butler recibió las llaves de la ciudad. La bandera española fue retirada bajo una salva de saludo desde las murallas, y las tropas españolas en formación marcharon fuera de la fortaleza de San Marcos. Cuando se acercaron a las tropas americanas intercambiaron saludos con ellas y desfilaron mientras los soldados americanos presentaban armas. Luego, los estadounidenses marcharon hacia la fortaleza y dispararon una salva de fusilería en saludo a su bandera que ondeaba ya en la vieja fortaleza española, edificio representativo de una ciudad que se acababa de convertir en la más antigua de los Estados Unidos, distinción que sigue manteniendo en la actualidad.

En los días siguientes las tropas españolas, los funcionarios de la administración provincial y sus familias, embarcaron con destino a Cuba, pero a diferencia de lo sucedido en 1763, la mayoría de los habitantes españoles seguirían en la ciudad y lentamente se irían acostumbrando al sonido del inglés

en sus calles y a la llegada primero de soldados y funcionarios, y después de comerciantes, artesanos y profesionales, todos con sus familias, gentes que tenían distintas costumbres, festividades, creencias y leyes, y que ahora eran sus compatriotas.

Para algunos vecinos de la ciudad, el cambio significaba una oportunidad. Eso fue lo que ocurrió con un espigado y joven plantador nacido en San Agustín e hijo de emigrantes menorquines llegados durante los años de la dominación británica. Se llamaba José Mario Hernández, era oficial de la milicia local, había asistido al acto del cambio de soberanía con la mirada satisfecha de quien ve el ascenso social al alcance de su mano, y el 30 de septiembre del año siguiente se convirtió en el primer congresista de habla española de los Estados Unidos. Más adelante alcanzaría el grado de brigadier general de la milicia de Florida, cargo con el que tendría un destacado papel en la Guerra Semínola en la década siguiente, al ser el responsable de la captura del jefe Osceola, el principal líder indio.

Otros de los presentes ni siquiera eran aún conscientes de que para bien o para mal su vida iba a cambiar. Uno de ellos era un niño que miraba fascinado con sus enormes ojos castaños a los rubios soldados vestidos de azul que, alineados en formación, lanzaron una salva de saludo a la bandera blanca, azul y roja con barras y estrellas que ondeaba en lo alto del mástil. No tenía edad para pensar que era la bandera de su nuevo país, y no podía imaginar que se vería enfrentado a quienes defendían esa misma bandera en la guerra civil americana, cuando cuarenta años más tarde se convirtió en capitán de la compañía de caballería que llevaría su nombre en la *Florida Supply Force* del Ejército de los Estados Confederados de América. Se llamaba Eduardo Antonio Fernández y tenía cinco años.

Finalmente, para algunos, como el gobernador José María Coppinger, fue un día triste. Un oficial le entregó plegada la bandera roja y amarilla y él se la pasó al comandante del batallón para que la custodiase hasta que llegaran a Cuba. Una semana después era Pensacola la plaza que se preparó para una ceremonia parecida. El general Jackson llegó el mismo día elegido para la transferencia de soberanía sabiendo que estaba todo preparado, y se presentó en la ciudad a las 6.30 de la mañana del 17 de julio, justo a tiempo para desayunar con su mujer Rachel, y luego marchar al lugar seleccionado para el acto, la plaza de Fernando VII, donde todo se había organizado para comenzar a las diez en punto.

El gobernador español, el coronel Callava, había impresionado gratamente a los norteamericanos, muestra del respeto que lo «castellano» tenía aún entre la población anglosajona en la joven república americana. Así,

James Parton le describe muy favorablemente: «Era castellano, de una raza similar a la sajona, de tez clara, un hombre apuesto, bien desarrollado, de presencia digna y modales refinados». Y como siguió en la ciudad un tiempo para supervisar el desmontaje de las piezas de artillería y su embarque, y el embalaje de los documentos oficiales y los archivos, por sus buenas maneras y elegancia europea fue invitado frecuentemente a los actos sociales organizados por los oficiales del 4.º de infantería, que era el regimiento de guarnición en la plaza.

Sin embargo, no contaba con la simpatía de Jackson, ni de su esposa Rachel, tal vez por las malas experiencias que el general había tenido con anteriores gobernadores de Pensacola como Manrique o Masot, aunque algunos autores señalan que las diferencias entre ambos se debían a que eran personas de fuerte personalidad y carácter.

Un oficial estadounidense describió los eventos de la ceremonia, recogida en sus detalles por James Parton, en su obra *Life of Andrew Jackson*:

La guardia del gobernador español, compuesta por una compañía completa de dragones desmontados del Regimiento de Tarragona¹³⁹, elegantemente vestidos y equipados, desfilaron a primera hora de la mañana frente a la Casa de Gobierno. Alrededor de las ocho en punto, un batallón del 4.º Regimiento de Infantería de los Estados Unidos y una compañía del 4.º Regimiento de Artillería, todo bajo el mando del coronel Brooke, del 4.º de infantería, fueron redactados en la plaza pública, frente a la guardia española, después de haber entrado en la ciudad desde el campamento en la primavera. El habitual saludo militar se hizo entre ellos. Cuatro compañías de infantería de la línea estadounidense, bajo el mando del comandante Dinkins, del 4.º de infantería, fueron separadas para tomar posesión de las Barrancas, que está a casi nueve millas por debajo de la ciudad.

A las diez en punto, la hora previamente designada, el general Jackson, al que asistieron sus ayudantes, secretario, intérpretes, etc., cruzó el campo y pasó entre la doble línea formada por las tropas de ambas naciones, quienes simultáneamente lo saludaron presentando armas y entró en la Casa de Gobierno, donde pronto se despachó la formalidad de la transferencia, y la guardia del sargento español en la puerta fue relevada inmediatamente por un guardia estadounidense.

Después de unos minutos, el gobernador Jackson, acompañado por el coronel Callava, y sus respectivos oficiales, abandonaron la Casa de Gobierno y pasaron a través de la misma doble fila de tropas a la casa que el gobernador había alquilado para el alojamiento temporal de su familia. Luego, las tropas

¹³⁹ No eran dragones. Formaban parte del Regimiento de Voluntarios de Tarragona, una unidad de infantería ligera. Una de sus compañías fue enviada desde Cuba a Florida en 1818 para entrenar a la milicia ligera. Una de sus compañías fue enviada desde Cuba a Florida en 1818 para entrenar a la milicia.

españolas fueron llevadas al lugar de embarque: la bandera estadounidense se exhibió sobre el personal, y la compañía de artillería y el barco estadounidense *USS Hornet* dispararon grandes salvas, haciendo una por cada Estado y Territorio de la Unión Federal, sin olvidar a Florida, mientras la banda del regimiento, y la del *Hornet*, tocaban el *Star-Spangled Banner* todo el tiempo.

En el transcurso del día, varios ciudadanos esperaron al nuevo gobernador para presentarle sus respetos y ofrecer sus felicitaciones. La entrega de las Barrancas se realizó tras una nueva ceremonia. La bandera española se bajó a media asta¹⁴⁰. La bandera estadounidense se elevó al mismo nivel que ella. Ambas banderas fueron, en esta situación, saludadas por los españoles. Después de lo cual, bajaron los colores españoles y se izó la bandera estadounidense. Los estadounidenses luego saludaron su bandera nacional. Las tropas estadounidenses hicieron una aparición elegante y marcial, mientras el *Hornet* lucía engalanado.

Rachel, la esposa de Jackson, también ofreció su relato de la ceremonia en una carta que se conserva que envió a su amiga Eliza Kingsley¹⁴¹:

A las siete en punto, en el momento preciso, se vislumbraron la bandera estadounidense y una banda completa de música. Toda la ciudad estaba en movimiento. Nunca vi tantas caras pálidas. Estoy viviendo en la calle principal, lo que me dio la oportunidad de ver mucho desde las galerías superiores. Marcharon hacia la casa del gobierno, donde los dos generales¹⁴² se reunieron de la manera prescrita, luego se bajó la bandera de su majestad católica y la estadounidense se elevó en el aire, no menos de cien pies.

La ceremonia había concluido. Andrew Jackson era el nuevo gobernador ya con plenos poderes, y el destino le depararía convertirse en el séptimo presidente de los Estados Unidos de América. Pensacola, el último puesto español en Florida, había pasado a la soberanía de los Estados Unidos¹⁴³.

¹⁴⁰ Al igual que en San Agustín, las banderas arriadas en Pensacola eran las actuales, las rojas y amarillas de la Real Armada, que desde 1793 ondeaban también en las fortificaciones y plazas marítimas.

¹⁴¹ James Parton, *Life of Andrew Jackson*, p. 604.

¹⁴² Callava no lo era, pero ese detalle no resta valor al testimonio.

¹⁴³ Una dama, que aseguraba ser heredera del hacendado Nicolás Vidal, se presentó a mediados de agosto ante el alcalde —y magistrado— Brackenridge, exigiendo que las nuevas autoridades le apoyasen en la recuperación de unas tierras que Forbes & Company —la empresa sucesora de Pantón, Leslie & Company— había ocupado y se negaba a entregar. Los documentos que, según alegaba, probaban su derecho, estaban en manos del antiguo gobernador en los archivos que seguían en su poder. Hubo una seria discrepancia sobre a quien correspondía la custodia de los mismos y Callava se negó a entregarlos, acabando la confusa situación con una orden de arresto sobre él y los oficiales españoles aún presentes en la plaza, si bien fueron poco después liberados permitiéndose su marcha a Cuba. Fue un feo final.

Terminaba de esta forma una larga aventura que había comenzado el 2 de abril de 1513, cuando Ponce de León llamó Florida a la nueva tierra en la que acababa de desembarcar a la búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud. Antes de que la Florida española cayese, Nueva Suecia, Nueva Holanda, Nueva Francia y Nueva Inglaterra habían desaparecido en la costa este de Norteamérica, pero esta pequeña porción de la Nueva España había aguantado más que ningún otro territorio europeo en la región, sin que el castillo de San Marcos de San Agustín fuera conquistado por las armas de potencia alguna. Habrá que esperar aún hasta el año 2055 para que la bandera norteamericana haya ondeado en sus baluartes más tiempo que la enseña española, cuyos soldados defendieron su última posición más allá de lo imaginable.

El Final en Texas

Dos días después de que la bandera española fuese arriada en el fuerte San Carlos de Barrancas en Pensacola, hubo una ceremonia similar en el presidio de San Antonio de Béxar, en Texas, pero fue menos llamativa, menos elegante y mucho más triste. A primeras horas de la mañana, acompañado de sus tropas, el gobernador Martínez, en un breve acto, arrió la bandera española e izó la trigarante mexicana, roja, blanca y verde, los colores de la nueva nación a la que Texas se acababa de incorporar, con este acto deslucido y sobrio. Ninguno entre los pocos vecinos que se acercaron a la plaza mayor pareció mostrar especial satisfacción; los diez años de guerra habían sido malos para todos, y la ciudad había perdido una tercera parte de sus habitantes. La sensación de temor ante un futuro incierto e inseguro era desoladora.

Unos días después, la guarnición del último puesto de la frontera, Nacogdoches, sobre el Viejo Camino Real de los Texas, pasó a convertirse, para todo aquel que llegase por la ruta que la separaba en poco más de 100 millas de Natchitoches, ya en la Luisiana, en la primera guarnición de tropas de la nueva nación mexicana en su frontera con los Estados Unidos.

Entre los viajeros que hicieron el camino en esas fechas estaba Stephen Austin, que a mediados de mayo de 1821 había recibido la misiva de Ignacio Arredondo, dirigida a su padre Moses, por la que le informaba en calidad de comandante militar de las Provincias Internas de que el 17 de enero, finalmente, se había aceptado su propuesta, que hemos visto, de establecer una colonia de 300 familias angloamericanas en Texas. La insistencia de su madre Mary le había convencido, poco antes de la muerte de su padre, de que si había una propuesta favorable de las autoridades españolas su desti-

no estaba en Texas, por lo que hizo el equipaje y tomó el primer vapor que partía para Nueva Orleans, donde sabía que le esperaban los enviados del gobernador Martínez, con los que emprendió viaje por tierra con destino a San Antonio.

En Nacogdoches Austin pudo ver aún las huellas de los combates contra los partidarios de Long, prácticamente no había nadie en las calles y todo parecía descuidado y decadente. La población no era más que un puesto militar lleno de soldados del Ejército Realista de Nueva España, pertenecientes a la División de las Provincias Internas de Oriente, pues del millar de habitantes que la población tenía en 1810 apenas quedaban unas decenas¹⁴⁴.

A lo largo del camino a Béxar la sensación fue la misma: haciendas y ranchos abandonados, zonas antaño cultivadas en el más completo abandono y desconfianza y miedo en las miradas de la poca gente que encontraban en pequeños villorrios y casas aisladas y solitarias. El paso de la guerra era visible en cada recodo del camino. Uno de los hombres que iba con Austin se llamaba Juan Erasmo Seguín, un prohombre de origen canario de San Antonio de Béxar que se había visto obligado a exiliarse tras ser considerado sospechoso de apoyar a Gutiérrez de Lara y a Magee, perdiendo todas sus propiedades y su cargo de responsable del correo. No se había acogido al indulto de las autoridades virreinales de 1818, pero habían sido levantados los cargos contra él, y había recuperado la confianza del gobernador Martínez. Se convirtió en un buen apoyo para Austin, pues tenía el encargo de validar los permisos de inmigración para las familias que iba a traer, pero no podía ni imaginar las consecuencias de la llegada de esos colonos para el futuro de Texas, y menos aún el papel que junto a ellos desempeñaría su hijo Juan, que entonces tenía 14 años¹⁴⁵.

El 12 de agosto, el grupo con el que iba Austin llegó a San Antonio, siendo recibido cordialmente por el gobernador Martínez, que le comentó que la provincia estaba destruida y en la ruina por las acciones y desmanes «de los ejércitos del rey» —o sea, de los suyos hasta hacía unos días— y que había planes para conseguir un brillante y prometedor futuro. Austin conoció también a José Antonio Navarro, con quien mantendría siempre una relación duradera y fructífera, pues experto en legislación española, asesoró a Austin para que el gobernador Martínez renovase la concesión

¹⁴⁴ Lo cierto es que el Ejército Realista era en la práctica el que había ganado la guerra, pero México se perdió igualmente. Los sucesos políticos y militares acaecidos en Nueva España entre 1810 y 1821 fueron calamitosos.

¹⁴⁵ Houston le nombraría en 1835 capitán del ejército de la naciente República de Texas. Combatió en San Jacinto y tras la guerra alcanzó el grado de coronel. Alcalde de San Antonio en 1841, está considerado un héroe nacional y una ciudad del estado lleva su nombre.

y permitiese el establecimiento finalmente de una colonia angloamericana entre los ríos Brazos y Colorado¹⁴⁶.

Es cierto que había un gran trabajo por hacer, pero Austin era optimista. Era una tierra inmensa, rica y prometedora, que abierta a gentes industriosas, tenaces y duras, como las familias de los colonos que él quería traer a este país, y que sabía lograrían triunfar y salir adelante. El futuro era suyo, y no se equivocaba.

Poco después, el día 24 de agosto, mediante el Tratado de Córdoba, se acordó formalmente la independencia de México, con el acuerdo firmado por el general Agustín de Iturbide, comandante en jefe del Ejército Trigarante, y Juan O'Donojú, jefe político superior de la provincia de Nueva España, documento de diecisiete artículos que representaba una extensión del Plan de Iguala¹⁴⁷.

El 27 de septiembre de 1821, el Ejército Trigarante, o de las Tres Garantías, entró en la Ciudad de México, y al día siguiente los mexicanos elaboraron el Acta de Independencia de México. O'Donojú murió de forma súbita el 8 de octubre de 1821, y en diciembre embarcaron las últimas tropas españolas con rumbo a Cuba para su repatriación, quedando como último bastión de la Nueva España la guarnición que defendía la plaza de San Juan de Ulúa¹⁴⁸.

Para Texas, el cambio de banderas había sido en apariencia indiferente. Los combates entre los insurgentes mexicanos y las tropas realistas; las incursiones indias; las insistentes y brutales agresiones de aventureros anglosajones que desde los vecinos Estados Unidos destruyeron la provincia en continuas campañas que no parecían tener fin; y las acciones en la costa de piratas y corsarios, habían destruido la antaño prometedora provincia y la habían convertido en un «despoblado», una tierra en la que apenas vivía ya nadie, porque nadie quería aventurar su vida y hacienda en un lugar desolado, abandonado y peligroso.

¹⁴⁶ Los primeros colonos llegaron al actual condado de Brazoria en 1821, pero los planes de Austin peligraron al no reconocer el gobierno de Iturbide las concesiones hechas por España. Austin viajó a la Ciudad de México y consiguió que la junta aprobara la concesión que recibió su padre, Moses Austin, y posteriormente, en enero de 1823, nuevas leyes que regularon los repartos de tierras a los nuevos colonos y la figura del «agente empresario» para impulsar la inmigración.

¹⁴⁷ Jefe político superior era el nombre que se dio, conforme a la Constitución de Cádiz de 1812, al más alto funcionario político y administrativo de cada una de las provincias en que se dividió el territorio español en Europa y en ultramar. O'Donojú jamás fue virrey, y el acuerdo que firmó, a título personal, no fue aceptado por Las Cortes españolas, que lo llamaron el Tratado de Córdoba en la *Gaceta de Madrid* de los días 13 y 14 de febrero de 1822.

¹⁴⁸ El reconocimiento de la independencia de México no se hizo hasta el 28 de diciembre de 1836, con el Tratado de Paz y Amistad entre México y España.

Durante los treinta años anteriores, los primeros de la historia de una nueva nación, los Estados Unidos de América, llamada a ser la más poderosa del mundo, y a pesar de todas las dificultades, los soldados, diplomáticos y funcionarios españoles habían logrado, a veces con enormes problemas, mantener las fronteras intactas ante la presión, las amenazas y la violencia de la nueva República, nacida desde su primer momento con una voluntad expansionista nunca ocultada. Aun así, y con todas las dificultades, a base de sangre, dolor, lucha y esfuerzo, la frontera de Texas y la Nueva España con Luisiana seguía en el río Sabine. Y ahí sigue hoy en día. La línea en la que la dejaron los soldados españoles.

El último acto

En cumplimiento de las órdenes llegadas a la Alta California, el proceso de cambio de soberanía de España a México se llevó a cabo en toda California sin alteraciones, pero con mucha lentitud por la dificultad en las comunicaciones, y al último en tocarle el turno fue el Real Presidio de San Diego, el primer asentamiento español en la Alta California.

El 20 de abril de 1822, la tropa se alineó formada en la plaza de armas. La artillería estaba colocada ante la sala de guardia, de forma que miraba a las aguas azules del Pacífico. Como no había un lugar disponible donde flamear una bandera, uno de los cabos recibió la orden de enarbolar la bandera de España en un palo y otro cabo mantuvo en otro palo la tricolor mexicana.

A la hora señalada, al redoblar del tambor y con paso firme, el comandante Francisco María Ruiz, en compañía de José María Estudillo, se detuvo ante la tropa, saludó y lanzó el grito de: ¡Viva el Imperio Mexicano!

A continuación, se bajó la enseña española y se levantó la tricolor mexicana en el mismo momento en que se dispararon los cañones y se lanzó al aire una salva de fusilería. No hubo gran fasto ni especial celebración. Fue solo una ceremonia rutinaria, solemne y fría. La última bandera española en el actual territorio de los Estados Unidos había sido arriada. La California española había terminado para siempre.

Al día siguiente, al igual que había ocurrido en toda la provincia, se dio la orden a los soldados presidiales de cortarse la coleta. Juana Machado, entonces una niña, narra en sus memorias qué tras cumplir con la orden, su padre entró en casa con la trenza en las manos y una cara muy triste y se la entregó a su esposa, que también estaba con la cara compungida. Dice Juana que «mamá miró la trenza y se lanzó a llorar».

Este fue el final de trescientos años de luchas y esfuerzos.